

## ÍNDICE

Prólogo	
<i>Antonio Moreno Hernández</i> .....	9

### PRIMER PREMIO

Roger Lévy y sus reflejos	
<i>Ignacio Ferrando Pérez</i> .....	21

### SELECCIONADOS PARA SU PUBLICACIÓN

La plataforma	
<i>Juan Pardo Laguna</i> .....	55
“I”	
<i>Alberto Murcia Carbonell</i> .....	69
Guillermo	
<i>Elena del Hoyo Lavado</i> .....	91
La hora de Leviatán	
<i>José Alemany Puig</i> .....	109
Pasos dobles	
<i>Minerva Serrano Cantero</i> .....	137

# ROGER LÉVY Y SUS REFLEJOS

Ignacio Ferrando Pérez

(Primer premio)

## BIOGRAFÍA

IGNACIO FERRANDO PÉREZ. Trubia (Asturias), 1972.

Es aparejador por la Universidad Politécnica desde 1992. Desde entonces y hasta diciembre del 2005 trabajó compaginando escritura y vida laboral. En la actualidad reside en Llavapiés y es profesor de Escritura Creativa y Relato. Colabora habitualmente con distintas revistas dedicadas a relato breve y literatura y trabaja para la editorial Gens.

Es autor de libros de relatos “*Ceremonias de interior*” (2006, Castalia) e “*Historias de la mediocridad*” (2003, Comala Ediciones) y de la novela “*Un segundo de rebelión*” (2007).

Entre sus premios destacan, el Hucha de Oro, Tiflos, Ciudad de Huelva, NH Vargas Llosa, Alfonso Grosso y el Fernández Lema, entre otros.

**R**oger Lévy dio un paso a la derecha. Al mismo tiempo, Roger Lévy dio un paso a la izquierda. Ambos se alejaron el uno del otro dos pasos, ratificando la simetría de un reflejo y su oponente. Franz Hunt, que estaba justo en medio y haría de juez del duelo, les observó caminar en sentido contrario y, como solía hacer en los lances con pistola, buscó el refugio de un fresno a su espalda, fuera de la línea de tiro. Los duelistas, con el revólver en alto y el cañón paralelo al pecho, escucharon la cuenta de los pasos en la voz del viejo.

—Uno, dos...

Mientras contaba, Franz Hunt pensó que jamás debería haberse levantado aquella madrugada para asistir a Roger Lévy y al mismísimo diablo en un duelo de honor, aunque fueran vecinos desde hacía años y le debiera muchos, muchos favores. Pero lo cierto, pensó Hunt, es que viéndoles en el claro del bosque, no sabría decir cuál de los dos era el verdadero Roger Lévy. Ambos se peinaban hacia atrás, con la raya al lado al estilo Clark Gable, ambos llevaban largas patillas y vestían camisa blanca, con volantes en el pecho y la manga, y a ambos se les ceñía el pantalón de lino a la entropierna. Pero quizá, tuvo que reconocer el viejo, el Roger Lévy de la derecha vestía con mayor pulcritud y arrogancia que el de la izquierda, cuyas botas, ahora que reparaba, no estaban del todo relucientes.

Era de madrugada y en el bosque, donde comenzaban las coníferas, reptaba una niebla diluida. En el silencio del alba solo se escuchaba el sonido de sus botas simultáneas rompiendo la escarcha helada de la mañana y la voz cascada del viejo contando pasos. Hacía solo unos segundos, Roger Lévy y su reflejo o viceversa, habían escuchado las instrucciones del duelo. Desde luego, en el pueblo, no había nadie que supiera más de honor que Franz Hunt. Desde 1874, guardaba dos viejas Galand del calibre 41 de fabricación francesa, con la empuñadura de madera e incrustaciones de marfil y cuatro balas, todo metido en un estuche de terciopelo negro, en perfecto estado.

—Duelo a pistola rayada —había dicho segundos antes, abriendo el estuche—. Contaré diez pasos, darán media vuelta y ten-

drán dos segundos para apuntar el uno sobre el otro. Atendiendo a sus requerimientos —dijo consultando el cuaderno— el duelo no será decretorio hasta que alguno de los dos resulte herido de muerte...

Pero ellos no escuchaban al viejo y su sarta de monsergas y normas inútiles. Ellos sabían que solo podía quedar uno de los dos y se miraban con la rivalidad de los reflejos que se piensan originales, como solo puede haber una sombra, un espíritu y un Roger Lévy. Solo uno. Franz Hunt, después de hacerles jurar sobre la Biblia, había sacado una venda de fieltro negro y la había anudado en los ojos de uno de ellos para que eligiera arma. Cogió la de la derecha. Después, cada cual con la suya, se habían situado espalda contra espalda, sintiéndose el uno al otro, justo en la marca que el viejo había trazado con el pie. Tenían la misma estatu-

ra y el mismo ancho de hombros y su respiración, por algún mecanismo de identidad, parecía acompasada.

—¡Por el honor! —gritó el viejo.

Pero ellos no respondieron. Roger Lévy pensó que eso del honor, al fin y al cabo, era una tontería. Se trataba, como siempre, de demostrar quién era el real y quién solo un reflejo. Ambos empezaron a caminar con una marcialidad puntillosa, rectilínea, como si Franz Hunt fuera la mismísima reina de Inglaterra.

—Tres...

Desde luego, Roger Lévy y su reflejo solo estaban de acuerdo en una cosa, en que todo había empezado la tarde del seis de abril de 1917. Esa tarde, Estados Unidos le había declarado la guerra a los alemanes. Por entonces los dos duelistas todavía eran uno y sus recuerdos, de esa línea hacia atrás,

seguían siendo los mismos, un columpio colgado de una acacia centenaria, un sapo llamado Thomas Blue y un padre que se quedó viudo nada más nacer ellos. Frank Lévy odiaba el pueblo y se jactaba, siempre que podía, de ser un patriota. Por eso, la tarde del seis de abril, a la hora del crepúsculo, le llamó aparte y le animó a enrolarse en el ejército:

Conocerás mundo, saldrás de este pueblo maldito y harás fortuna —decía sentado en el porche, reclinado hacia detrás—. Eres listo. Yo hubiera dado la vida por una oportunidad como esta.

Pero Roger Lévy no le hizo mucho caso. Pensaba que dejar atrás a Laurie McKenzie, a la que llevaba cortejando desde hacía dos años, no era buena idea. Ya habían hablado de matrimonio, de hijos, dos chicos y una chica y de un rancho en las afueras, colin-

dante con el del padre. Doce vacas, para empezar bastará con eso, decían en las tardes de lluvia, en el invernadero, con las manos cogidas y las orquídeas por todas partes. Así que aquella tarde, mientras caminaba hacia la residencia de los McKenzie para pedirle a Laurie que de una vez por todas se casara con él, se quedó pasmado mirando el 13 de Jefferson con Main. La oficina de reclutamiento estaba atestada de jóvenes de su edad que salían abrazados, palmeándose la espalda, con el cuello lleno de guirnaldas y cintas de color. Quizá su padre no estaba tan equivocado con lo de alistarse, pensó. Y fue en ese momento, seguro que fue en ese instante, cuando ambos se duplicaron por primera vez. En eso, desde luego, los dos estaban de acuerdo.

—Cuatro...

Hoy le costaría reconocer los motivos que le impulsaron a entrar en la oficina y rellenar el impreso. Pero por entonces parecía como si todo Weehawken quisiera ir a combatir a Europa, al frente francés, a una guerra cuyos motivos les resultaban enigmáticos, ajenos. Cuando entró en las oficinas, una voluntaria le puso una cinta sobre el cuello y le besó en la mejilla, como un héroe recién regresado de la batalla. Necesitamos héroes como tú, le dijo sonrojándose. Aquel fue el último pecho de mujer que sintió en mucho tiempo. Seguro que cuando regresara Laurie estaría igual de orgullosa y sabría comprender su desplante. En eso pensaba cuando el sargento del registro le preguntó su nombre y su edad y él fingió que tenía dieciocho, que los acababa de cumplir. Lo cierto es que eran dieciséis, quizá por eso el sargento le miró de arriba abajo y le recomendó que se dejara bigote.

—Parecerás mayor, muchacho...

Luego Roger Lévy salió de la oficina de reclutamiento. Seguramente, fuera ya le esperaba el otro Roger Lévy, el de la derecha. O quizá nunca se había ido de allí. Está claro que cuando alguien toma una decisión, renuncia a algo, a otra vida, a una serie de hechos que dejan de pertenecerle. El problema surge cuando ese algo se toma la libertad de cobrar entidad propia y le da por pasearse por ahí como un duplicado, como un cromo tan idéntico que nadie distinguiría al original de la copia. Roger Lévy o su reflejo debía estar sentado en el parque Jefferson, contra el respaldo de un banco, mirando hacia la oficina de reclutamiento y masticando una espiga y llegando a la conclusión de que lo más importante en su vida no era una guerra lejana que no acababa de comprender, ni la gloria, ni el ejército, ni

todo eso de lo que le había hablado su padre aquella mañana, sino la pequeña Laurie McKenzie, que estaría en el invernadero, como cada martes, esperando su visita. Por suerte, ninguno de los dos se cruzó con el otro. Eso hubiera sido fatal y hubiera precipitado el desenlace de ambos. Pero es casi seguro que debieron pasar a pocos metros, ignorándose como desconocidos entre la multitud, mirando al escaparate o a la atractiva muchacha de la oficina de reclutamiento. Lo último que pensó Roger Lévy antes de dirigirse al jardín de los McKenzie es que, al fin y al cabo, ni siquiera tenía la edad reglamentaria para alistarse.

Como siempre, cuando llegó, Laurie ya estaba en el invernadero y le sonrió a través de los cristales, detrás de las orquídeas. Su preferida era una que se llamaba dendrobio o algo así, que tenía las flores rojas

y pequeñas y desprendía un olor mefítico, como a putrefacción. Roger Lévy, esa misma tarde, le pidió que se casaran y, antes de que pudiera responder, le dijo que buscaría un rancho en las afueras, cerca del padre, seremos muy, muy felices los tres. Cuando ella dijo que sí, casi con lágrimas en los ojos, cogiéndole las manos, ambos estaban frente a la cristalera del invernadero, ensimismados por la magia de la petición. Por eso no pudieron ver al otro Roger Lévy y a ocho reclutas más camino de la estación, al otro lado de la calle, alborozados y cargados con el macuto, levantado una fina nube de polvo a su paso.

—Cinco...

Laurie y Roger Lévy se casaron a los cuatro meses. Durante la ceremonia y el banquete, el padre permaneció en silencio, lanzando esputos a una escupidera de pla-

ta y bebiendo más ron del que su hígado era capaz de soportar. A las dos semanas, compraron una casa en las afueras, recién pintada de blanco y con un pequeño molino de viento al que tuvieron que reparar las aspas. Roger Lévy puso unas cuerdas de tender y Laurie no tardó en llenarlas de calzones de algodón y pantaloncitos de bebé. Tuvieron los tres hijos previstos en los años impares, matemáticamente, y cosecharon una felicidad sostenida, adulta, como cualquier matrimonio responsable en aquellas latitudes de Nueva Jersey. Al mismo tiempo, de Europa llegaban largas listas de víctimas y heridos. Solía haber una relación de varias páginas prendida en el porche del almacén de Matt. Dos veces por semana, Roger, su mujer y la pequeña Isabella, iban allí a comprar y mientras rebuscaban entre los estantes de tornillos o las latas de conserva, se